

Empleos de calidad: diferencias inter e intra-género en el Aglomerado Gran La Plata (Buenos Aires, Argentina). Análisis de tendencia y comparación 1992-2002/ 2003-2006¹

Eguía, Amalia²
Piovani, Juan Ignacio³
Peiró, María Laura⁴
Santa María, Juliana⁵

Resumen

Con base en información estadística, hemos venido indagando las transformaciones que se produjeron en la participación económica e inserción ocupacional de varones y mujeres en el Aglomerado Gran La Plata desde 1992. Habiendo constatado que la situación en el mercado de trabajo no ha seguido los mismos patrones en todos los subgrupos definidos a partir del nivel socioeconómico y educativo en el interior del grupo de mujeres y de hombres, consideramos las diferencias inter e intragéneros. En este sentido, utilizando como fuentes de datos las bases de la Encuesta Permanente de Hogares, aplicamos modelos de regresión logística para evaluar el peso y el sentido de las diferencias de género, de la condición de pobreza y de otras variables en la determinación de la probabilidad de las personas de acceder a un empleo de calidad. Con el objetivo de complementar los trabajos que hemos realizado hasta el momento, centrados en el período 1992-2002 por un lado y 2003-2006 por otro, en esta ponencia nos proponemos realizar un análisis comparativo de ambos períodos incluyendo a su vez la vinculación con procesos más amplios que se dieron a nivel nacional.

¹ Trabajo presentado en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, realizado en La Habana, Cuba, del 16 al 19 de noviembre de 2010. Este trabajo se inscribe dentro de la línea de investigación sobre “Género, pobreza y políticas sociales” incluida en un proyecto general que desarrolla reflexiones teórico-metodológicas sobre el estudio de la pobreza, el trabajo y las políticas sociales, radicado en el Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (CIMECS), unidad de investigación del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET) y Dpto. de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, que cuenta con el apoyo del Programa de Incentivos a la Investigación del Ministerio de Educación de la Nación, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

² CIMECS-IdIHCS y Dpto. de Sociología de la Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación de la UNLP/CONICET. Correo electrónico: aeguia@conicet.gov.ar

³ CIMECS-IdIHCS y Dpto. de Sociología de la Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación de la UNLP/CONICET. Correo electrónico: jpiovani@unibo.edu.ar

⁴ CIMECS-IdIHCS y Dpto. de Sociología de la Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación de la UNLP/CONICET. Correo electrónico: aurapeiro@infovia.com.ar

⁵ CIMECS-IdIHCS y Dpto. de Sociología de la Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación de la UNLP/CONICET. Correo electrónico: jsantamaria@conicet.gov.ar

1. Introducción

Las investigaciones focalizadas en los mercados laborales urbanos de América Latina han señalado de manera consistente el aumento de la participación femenina en el trabajo extradoméstico en las últimas décadas. En esta línea, un informe reciente de CEPAL (2009) indica que, en efecto, desde hace 25 años se registra en la región un incremento sostenido de la proporción de mujeres que buscan trabajo remunerado y que trabajan por una remuneración. Se destaca que entre 1990 y 2007, mientras las tasas de participación de los varones se han mantenido esencialmente estables, con tendencias a la baja en algunos países, las de las mujeres de 25 a 54 años se han elevado aproximadamente 20 puntos. Asimismo, se indica una serie de factores vinculados con este aumento de la participación laboral femenina: procesos de individuación y autonomía conjugados con el descenso y postergación de la fecundidad; expansión de credenciales educativas de las mujeres; caída de los salarios, de la empleabilidad y estabilidad del trabajo de los hombres; aumento de la tasa de divorcios y de los hogares monoparentales de jefatura femenina.

Estos fenómenos han dado lugar al desarrollo de un importante campo en América Latina relacionado con el estudio de los mercados de trabajo y sus tendencias desde la perspectiva de género. Enmarcados en esta tradición, hemos venido indagando, con base en información estadística⁶, las transformaciones que se produjeron en la participación económica e inserción ocupacional de varones y mujeres en el Aglomerado Gran La Plata desde 1992, centrando el análisis en dos ejes: 1) la participación de varones y mujeres en el mercado de trabajo, analizando las tasas de actividad y desocupación; 2) los cambios en los perfiles ocupacionales y condiciones de trabajo, considerando categorías ocupacionales, ramas de actividad, percepción de beneficios sociales, cantidad de horas trabajadas y estabilidad en la ocupación principal.

Pero habiendo constatado que la situación en el mercado de trabajo no ha seguido los mismos patrones en todos los subgrupos de hombres y mujeres comenzamos a considerar no sólo las diferencias intergéneros sino también aquellas intragéneros, con el fin de dar cuenta de la heterogeneidad interna de cada subgrupo a partir de variables de segmentación poblacional tales como la condición de pobreza, el nivel educativo y la edad.

Esta estrategia encuentra sustento en las afirmaciones de otros investigadores. Garrido y Olivera (2001), por ejemplo, sostienen que es necesario considerar las articulaciones entre el género con otras categorías del análisis social, "dado que, tanto los varones como las mujeres como colectivos no conforman grupos homogéneos, sino que existen al interior de ellos diferenciaciones sociales básicas propias de cada clase, operando entre ellas relaciones jerárquicas (las relaciones de poder entre los sexos) (Medina, 1998)." En un sentido similar, CEPAL (2009) argumenta acerca de la imposibilidad de hacer una lectura lineal de la mayor participación laboral de las mujeres y de la necesidad de considerar elementos contextuales, secuencias específicas e interacciones.

Nuestros trabajos anteriores han cubierto dos períodos: a) 1992-2002, que coincide con la vigencia de un modelo económico de corte neoliberal, cuya crisis terminal estalló en el año 2001; y b) 2003-2006, una fase de crecimiento económico con procesos de reindustrialización sustitutiva y expansión de los mercados de trabajo urbanos. Para ambos períodos realizamos descripciones de tendencias, a partir de las cuales se constató consistentemente el aumento de

⁶ Bases de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) en sus versiones: Puntual hasta 2002 y, a partir de su reformulación metodológica, Continua desde 2003.

la participación económica femenina, así como la multiplicidad de situaciones laborales de hombres y mujeres teniendo en cuenta otras variables estructurales. Pero también llevamos a cabo estudios en los que, con el fin de profundizar dichos resultados, recurrimos a modelos estadísticos más sofisticados que permitieron dar cuenta de las brechas inter e intragéneros en el acceso a empleos de calidad.

Esta ponencia tiene por objetivo enriquecer los análisis previos a partir de un ejercicio comparativo, pretendiendo contrastar los dos períodos estudiados (1992-2002 y 2003-2006) con especial referencia a los contextos situacionales y a los modelos macroeconómicos de cada uno de ellos.

Desde el punto de vista estructural, organizamos la ponencia del siguiente modo. Presentamos en primer lugar la caracterización de cada período por separado, incluyendo: a) una contextualización de los procesos macroeconómicos y de las tendencias laborales en Argentina; b) una descripción general de la evolución del mercado de trabajo en el Aglomerado Gran La Plata; y c) un análisis de las brechas inter e intragéneros en dicho mercado. A continuación abordamos los resultados obtenidos a partir de las comparaciones entre períodos y ámbitos (nacional y local) y las conclusiones generales.

2. El período 1992-2002

2.1. El contexto nacional

Los cambios que signaron la dinámica del mercado de trabajo a lo largo de toda la década del noventa se produjeron en el marco de una política económica que, especialmente a partir de la aplicación del Plan de Convertibilidad desde 1991, retomó y profundizó una estrategia de desarrollo de corte aperturista y neoliberal que ya había sido ensayada por el gobierno militar iniciado en 1976.

Si bien el Plan tuvo el objetivo explícito de controlar la tendencia inercial de la inflación, que venía dándose hacía más de dos décadas, el mismo debe entenderse como parte de un intento por redefinir la estructura económica argentina. Entre otras cosas, el paquete de medidas puesto en práctica incluyó:

- la privatización de empresas públicas prestadoras de servicios y productoras de bienes, que implicó despidos masivos y la retirada del Estado de la esfera productiva;
- el control estricto de los gastos del Estado, para lo cual se realizaron una serie de despidos y leyes de retiro voluntario, así como también se redujeron las erogaciones esenciales en salud y educación;
- una estructura tributaria basada en el impuesto al consumo, característico de un sistema tributario regresivo.

En lo que respecta al mercado laboral, tres son las áreas de intervención (que en algunos casos indirectamente y en otros muy directamente) provocaron transformaciones profundas. La primera se refiere a la apertura indiscriminada de la economía y sus consecuencias en términos de desindustrialización y concentración del sector productivo. La segunda se refiere a las intervenciones directas realizadas sobre la (des)regulación del mercado de trabajo y la legislación laboral. Finalmente, la tercera se relaciona con la reestructuración del aparato estatal (Eguía y Piovani, 2007a).

En el período de la Convertibilidad el mercado laboral registró señales de deterioro tanto en las fases de crecimiento (1991-1994 y 1996-1998) como en las de crisis (1995-1996 y 1999-2001) (Eguía, Piovani y Salvia, 2007). Los logros alcanzados en materia de estabilización y reactivación económica no conllevaron una importante creación de empleos, sino más bien un significativo aumento de la productividad: mientras el PBI creció entre 1991 y 2001 un 29%, el empleo urbano sólo lo hizo en un 6% —y el empleo pleno en un 4%—, siendo el empleo precario el que explicó más del 80% del crecimiento del empleo asalariado generado durante el período. En el marco de esta tendencia general, pueden identificarse algunos rasgos relevantes en la evolución del empleo en las distintas fases que atravesó el funcionamiento de la economía. Al respecto Beccaria (2005) distingue las siguientes:

1. fase ascendente hasta 1994, en la cual se registró una expansión significativa de la ocupación total y asalariada, pero también un elevado índice de desocupación;
2. fase recesiva en 1994 y 1995, en la que se agudizó el comportamiento negativo del mercado de trabajo, que venía manifestándose desde 1993, por la recesión vinculada a la crisis internacional de 1994 (efecto tequila);
3. recuperación de 1996-1998, que comenzó a manifestarse recién a mediados de 1996, y que conllevó una reducción del desempleo;
4. fase recesiva 1998-2001, también vinculada con dificultades de financiamiento externo, en la que las remuneraciones de los asalariados se deterioraron, al igual que durante la crisis del tequila;
5. crisis de fines del 2001, que agudizó la recesión profundizándose el desempleo y el deterioro de los ingresos reales de los ocupados, y que en última instancia derivó en la renuncia del presidente y el fin de la ley de convertibilidad peso-dólar.

Beccaria y Groisman (2005) analizaron los efectos de la evolución económica y de los cambios en el mercado de trabajo argentino sobre el bienestar de los hogares entre 1991 y 2002; concluyeron que entre 1991 y 1998 fueron los sectores con menores recursos los que sufrieron con mayor intensidad las pérdidas de empleo, nivel de ingreso y calidad de la ocupación. En el período recesivo iniciado en 1998 las pérdidas se expandieron, siendo más intensas en los estratos inferiores. En 2001-2002 se detuvo ese mayor deterioro relativo, pero en el marco de un fuerte agravamiento general de la situación social.

2.2. El mercado de trabajo en el Gran La Plata

Siguiendo a Rofman (1997), cabe plantear que si bien el Plan de Convertibilidad generó un proceso de intenso deterioro de las condiciones de producción y de la demanda de trabajo en la mayoría de las áreas metropolitanas del país, sus impactos específicos deben ser analizados en función de las bases económicas particulares de cada una de ellas. En este sentido, incluye al aglomerado Gran La Plata entre los centros urbanos que, además de contar con una importante dotación de empleo público, poseían a principios de los noventa un apreciable conjunto de actividades secundarias y terciarias pertenecientes a la órbita privada. Estas actividades sufrieron serias dificultades durante la vigencia del Plan de Convertibilidad, destacándose la profunda crisis sufrida por la actividad manufacturera y, en especial, la retracción de los procesos vinculados al sector petrolero, químico y petroquímico.

Estos procesos trajeron como consecuencia algunos cambios profundos en lo que concierne a la participación de hombres y mujeres en el mercado de trabajo del Aglomerado. Los mismos, como se ha evidenciado en varias ocasiones, estarían fundamentalmente asociados a las estrategias de reproducción de las familias una vez que las características económicas del país, desde un punto de vista estructural, habían resultado profundamente modificadas y no

respondían satisfactoriamente a un estilo de vida familiar basado en los principios tradicionales de división de géneros: monopolización del trabajo doméstico por parte de las mujeres y del trabajo extradoméstico por parte de los hombres.

En efecto, una vez desmantelada la industria y precarizadas las condiciones de trabajo, el espacio para la inserción laboral de los varones adultos se vio notablemente reducido, así como su capacidad para actuar como único sostén del hogar. En este contexto surgieron nuevas estrategias familiares, destacándose la incorporación generalizada de mujeres al mercado de trabajo, aunque en condiciones desventajosas: un mercado precarizado y signado por rasgos de discriminación basada en el sexo, así como una falta de reestructuración del trabajo doméstico. Es principalmente éste el hecho que más ha reforzado la hipótesis de la inserción femenina como una “necesidad” vinculada a las nuevas reglas y condiciones estructurales de la economía argentina, y no como manifestación de un cambio sociocultural en términos de las representaciones sociales de los sexos. En realidad, lo que se sugiere es que este último fenómeno, que obviamente no descartamos, ha tenido menos incidencia que el primero en el comportamiento de hombres y mujeres en el mundo del trabajo⁷.

En relación con la evolución de las tasas en el aglomerado, cabe destacar que durante los primeros años del Plan de Convertibilidad (hasta 1993 inclusive), la tasa de empleo registró un aumento moderado al igual que la tasa de desempleo. A partir de 1994 la situación general de deterioro de la economía, agravada como consecuencia del “efecto tequila”, se manifestó claramente en la disminución de la tasa de empleo y en el aumento de la desocupación. Mientras la tasa de empleo se mantuvo relativamente constante luego de esta caída, la tasa de desocupación continuó con su tendencia creciente, llegando a los más altos valores del período en 1995, 1996 y 1997. Esta tendencia se revirtió recién en 1998, cuando descendió notablemente, aunque aún distó de alcanzar los valores anteriores a 1994. Entre 1998 y 1999 la tasa de desocupación se mantuvo relativamente estable alrededor del 12%, presumiblemente como consecuencia, entre otras cosas, de la implementación de los Planes Trabajar⁸. Pero a partir del año 2000 volvió a aumentar considerablemente (Eguía et al., 2001), llegando a alcanzar el 24,3% en mayo de 2002.

En cuanto a los modos diferenciales de participación en el mercado de trabajo de hombres y mujeres, los análisis realizados permiten hacer las siguientes consideraciones:

a) con respecto a la condición de actividad, se observa que en el subgrupo de hombres que vive en situación de pobreza por ingresos el porcentaje de ocupados registró mayores altibajos que en el subgrupo de personas no pobres. El nivel de ocupación descendió significativamente al final del período para ambos, pero este descenso se vio compensado de manera diferente: entre los pobres sólo a través del notable aumento de la desocupación, mientras que entre los no pobres a través de un aumento combinado de desocupados e inactivos. Entre las mujeres, la proporción de ocupadas creció en ambos subgrupos (pobres y no pobres), pero se mantuvo con valores inferiores al grupo de hombres en todo el período, especialmente en el caso de las mujeres pobres. Al igual que en el caso de los hombres, aumentó entre las mujeres la proporción de desocupadas. Las mujeres pobres representan el subgrupo más afectado por la

⁷ Esta afirmación se refiere a las mujeres económicamente activas del aglomerado Gran La Plata en su conjunto. Por lo tanto, no se descarta la posibilidad que en el caso especial de ciertos subgrupos de mujeres la inserción laboral responda a nuevos roles femeninos y proyectos/estilos de vida no tradicionales. Esto refuerza obviamente la pertinencia de los análisis intragéneros.

⁸ En 1997 comenzaron a ejecutarse los Planes Trabajar. Estos tuvieron repercusión en la tasa de desocupación, ya que para las estadísticas oficiales los individuos beneficiados eran considerados ocupados, si bien las asignaciones eran bajas y no se ofrecía protección social.

desocupación, con tasas mayores a todos los demás. Sin embargo, el mayor crecimiento relativo de la desocupación en los 10 años estudiados se dio entre los hombres pobres.

b) con respecto a las características de la inserción laboral, se evidencia que entre las mujeres pobres predominan los servicios personales como rama de actividad de la ocupación principal. Por otra parte, prevalecen entre ellas los trabajos sin protección social. En este sentido, cabe consignar el descenso general de la proporción de personas que perciben beneficios sociales en el conjunto de trabajadores, fenómeno que se da de modo más pronunciado entre los pobres y especialmente entre las mujeres. En línea con estos indicadores de precariedad, se registra también una menor proporción de ocupadas plenas pobres con respecto a los otros subgrupos. Asimismo, el porcentaje más bajo de trabajadoras en condición de estabilidad se da de igual forma entre ellas.

Son las mujeres pobres, entonces, las que presentan la situación de mayor precariedad laboral en el período, tanto en relación a la condición de actividad como a la de la calidad del empleo, a pesar de que en algunos sentidos, el mayor deterioro relativo se ha dado entre sus contrapartes varones. Por lo tanto, la idea de que una mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo durante el periodo ha significado un paso hacia una mayor equidad en las relaciones de género merece una valoración diferente según hablemos de mujeres de sectores pobres o no pobres.

2.3. Las brechas inter e intragéneros⁹

Respecto de las brechas intergéneros en las probabilidades de acceder a empleos de calidad, durante el período 1992-2002, se observan claras diferenciaciones según nivel educativo alcanzado. En los subgrupos de nivel educativo bajo, tanto pobres como no pobres, durante todo el período la situación de los hombres es considerablemente más ventajosa que la de las mujeres. Si bien en el caso de la población pobre las brechas entre varones y mujeres de este nivel educativo son siempre algunos puntos más amplias que en el caso de la población no pobre, en ambas se observan tendencias similares en lo que respecta a la situación de los distintos grupos etáreos y a la evolución de las diferencias de género en las fases ascendentes y recesivas de la economía. A lo largo de todo el período los subgrupos de menor edad (especialmente el tramo de 15 a 20 años) son los que presentan la mayor brecha de género respecto de los otros subgrupos etáreos en cada año considerado. No obstante ello, las brechas

⁹ Estas brechas se calcularon a partir de los resultados de una regresión logística (modelo de dos etapas de Heckman) en la que se buscó analizar el peso y el sentido de las diferencias de género, y de otras variables, en la determinación de la probabilidad de las personas de acceder a un empleo de calidad. Se consideró como variable dependiente el empleo de calidad (entendido como aquel empleo que brinda aportes jubilatorios y beneficios sociales -seguro de salud- o que permite al trabajador acceder a una cobertura social por su cuenta, y en el cual el trabajador manifiesta que no desea cambiar de trabajo ni trabajar una mayor cantidad de horas) y como variables independientes especialmente el sexo, pero también la edad, la condición de pobreza, el nivel educativo, la posición en el hogar, la cantidad de hijos, así como la interacción entre educación y sexo. El modelo fue desarrollado por J. Zoloa (CEDLAS-FCE-UNLP) y sus especificaciones metodológicas y resultados se encuentran en Zoloa (2009). A partir de los resultados obtenidos en la regresión se construyeron una serie de tablas que permiten establecer comparaciones inter e intra-géneros, contemplando distintos perfiles. En ellas se presenta la probabilidad condicional de tener un empleo de calidad en función del sexo, la edad, el nivel educativo y la condición de pobreza. Luego se calculó la evolución de las brechas de probabilidad entre varones y mujeres, es decir, la evolución de las diferencias porcentuales en la probabilidad de acceder a un empleo de calidad por parte de las mujeres ubicadas en determinada situación (definida por la edad, el nivel educativo y la condición de pobreza) con respecto a los hombres ubicados en idéntica situación. Con el fin de sintetizar la información se seleccionaron sólo las ondas de octubre (en el caso de la EPH puntual) y los segundos semestres (en el caso de la EPH continua) de cada año, así como cuatro intervalos de edad considerados relevantes a los fines del análisis.

se amplían o reducen más —proporcionalmente para cada grupo etéreo— en relación con la situación macroeconómica: entre 1992 y 1994 (fase ascendente) las brechas de todos los grupos etéreos de nivel educativo bajo se reducen progresiva y significativamente; luego crecen abruptamente en 1995 (efecto tequila), descienden en 1996, vuelven a aumentar levemente en 1997, entrando luego en una tendencia fuertemente decreciente —llegando en 2000 a revertirse la brecha a favor de las mujeres— y disparándose desde entonces, nuevamente a favor de los varones, hasta alcanzar los niveles más altos de todo el período en el año 2001, atenuándose luego en el año 2002.

A modo de ejemplo, si tomamos el momento de mayor amplitud de las brechas (año 2001), podemos observar que en el subgrupo de población pobre de 15 a 20 años de nivel educativo bajo, las mujeres llegaron a tener un 71,3% menos de probabilidades que los hombres de acceder a un empleo de calidad, mientras que la brecha en el mismo subgrupo dentro de la población no pobre era del 66,6%. Como contrapartida, se observa que en el año anterior (momento de mejor situación relativa de las mujeres de este nivel educativo) las mujeres pobres del mismo subgrupo tenían un 1,6% más de probabilidades que los varones de tener un empleo de calidad, mientras que las no pobres tenían un 1,9% más de probabilidades que sus contrapartes hombres.

En los casos de los subgrupos de nivel educativo medio y alto, la evolución de las brechas tiene un comportamiento diferente. En el inicio del período (1992) en ambos niveles educativos se observa una brecha positiva para las mujeres, es decir que tanto en la población pobre como no pobre las mujeres tienen mayores probabilidades de acceder a empleos de calidad que los hombres, siendo estas brechas mayores en los subgrupos de menor edad (alrededor del 24% más de probabilidades). La tendencia en el caso de los subgrupos de nivel educativo medio —pobres y no pobres— se mantiene en 1993, se revierte a favor de los hombres en 1994, y vuelve a ser positiva para las mujeres —en mayor medida que en 1992— en 1995 y 1996. Luego de este año pasa a ser siempre favorable a los varones, creciendo hacia 1999, volviendo a reducirse luego y disparándose en el año 2002 (y con mayor intensidad en el caso de la población pobre). En los subgrupos de nivel educativo alto la brecha se mantiene favorable a las mujeres casi todos los años, tanto entre la población pobre como no pobre, a excepción de 1993, 1997 y 2001, en que se revierte a favor de los hombres (aunque el porcentaje en casi todos los subgrupos no llega a los dos dígitos).

Respecto de las diferencias intragénero se observa que tanto la condición de pobreza y la edad, como el nivel educativo, establecen contrastes. A lo largo de todo el período las mujeres y los hombres en situación de pobreza presentan, en promedio, menores probabilidades de acceder a empleos de calidad respecto de mujeres y hombres no pobres en los mismos tramos de edad y situación educacional, si bien las diferencias no son tan amplias ni las tendencias tan contundentes como las que se observan en el período posterior (2003-2006). En el caso de las mujeres, estas diferencias oscilan en general entre 1 punto porcentual y 30 puntos porcentuales, aunque en algunos años (1993, 1998, 1999 y 2000) las probabilidades de acceder a empleos de calidad de las mujeres pobres de casi todos los perfiles se presentan levemente mayores que las de las no pobres en los mismos perfiles.

En el caso de los varones, en cambio, se presentan probabilidades levemente mayores en los subgrupos pobres en los primeros años del período, y nuevamente en 1998-1999, siendo el resto del período —y sobre todo los años finales— favorables a los subgrupos no pobres de todos los perfiles, llegando en algunos de ellos a diferencias de 32 puntos porcentuales. Los dos últimos años considerados, es decir los años de crisis y post-crisis, son en los que más acentúan las diferencias en detrimento de la población pobre, en ambos grupos de género. Por

ejemplo, puede apreciarse que mientras en el año 2002 las mujeres pobres de educación media pertenecientes al grupo de 30 a 35 años de edad tenían un 18,2% de probabilidades de tener un empleo de calidad, las mujeres no pobres del mismo perfil tenían un 46,8% de probabilidades. En el mismo año, los varones pobres de la misma edad y subgrupo educativo tenían 27,3% de probabilidades de acceder a un empleo de este tipo, mientras que sus contrapartes no pobres tenían un 58,9% de probabilidades.

Con respecto a la edad, se aprecia que en todos los perfiles, tanto en la población pobre como no pobre, como entre las mujeres y los varones, las probabilidades son menores en el subgrupo de menor edad y se van incrementando progresivamente en los subgrupos de mayor edad. Es decir que a lo largo de todo el período el subgrupo de 15 a 20 años tiene las menores probabilidades al interior de cada perfil dentro de cada género, mientras que el subgrupo de 60 a 65 años concentra las mayores probabilidades. Esta tendencia sólo se modifica en el último año (2002), cuando el subgrupo de mayor edad dentro de todos los perfiles muestra una tendencia descendente respecto del subgrupo de edad anterior. Como ejemplo de la tendencia general mencionada puede observarse que en el año 1996 entre los hombres no pobres de educación baja, los de entre 15 y 20 años de edad tenían, en promedio, 24,4% de probabilidades de acceder a empleos de calidad, mientras que los de entre 30 y 35 años tenían 41,9%, los de entre 45 y 50 años 55,4% y los de entre 60 y 65 años 62,8%.

Al igual que en el análisis intergéneros, el nivel educativo alcanzado se presenta como una variable importante en el análisis intragéneros. Tanto en el caso de los hombres como de las mujeres, a mayor nivel educativo son mayores las probabilidades de acceso a empleos de calidad. Sin embargo, al observar más en detalle esta tendencia en cada grupo de género, se aprecia que entre las mujeres el nivel educativo bajo, en todos los perfiles etáreos y situación de ingresos, marca diferencias importantes respecto a los niveles educativos medio y alto, siendo las probabilidades en el primer nivel mucho menores que en los otros dos. En cambio, este salto no se da de manera tan acentuada dentro del grupo de hombres, donde incluso en algunos años y perfiles específicos llegan a equipararse las probabilidades de los varones de los dos niveles educativos superiores, o adquirir mayores probabilidades los pertenecientes a los subgrupos de nivel educativo medio.

Como ejemplo de ello puede tomarse el año 1998: en el caso de la población no pobre y dentro del grupo de 45 a 50 años, se observa que entre las mujeres, aquellas con nivel educativo bajo tenían en promedio 46,2% de posibilidades de tener un empleo de calidad, mientras que las de nivel educativo medio tenían un 62,1% y las de nivel educativo alto contaban con un 65,7% de probabilidades. En el caso de los varones, los de nivel educativo bajo tenían en promedio 61,2% de probabilidades, mientras que los de nivel educativo medio un 68,3% y los de nivel educativo alto 65,1%.

3. El período 2003-2006

3.1. El contexto nacional

Gran parte de la bibliografía que analiza la situación económica y del mercado de trabajo en el periodo post devaluación (considerado como tal a partir de 2003, que es cuando comienzan a verse los signos de la recuperación luego de la crisis de fines de 2001), se propone identificar si se está o no en presencia de un nuevo modelo macroeconómico. Con este objetivo, y a través del análisis de diferentes indicadores, la mayoría de los autores coincide en que si bien se evidencia una mejora de la situación económica general, sobre todo en la

segunda mitad de este periodo, no puede aceptarse completamente la idea de que se esté frente a un nuevo orden macroeconómico.

En las caracterizaciones realizadas, el periodo considerado suele dividirse en dos etapas: una inicial de recuperación económica, que se extiende hasta 2005, donde se equiparan los valores de variación del PBI correspondientes al inicio del periodo recesivo (1998); y una segunda etapa de crecimiento, a partir de 2005, en la que estos indicadores se superan (Suárez, Adriani y Cotignola, 2009). Entre los indicadores para definir este periodo de recuperación inicial, y luego de crecimiento, se destacan el aumento de los niveles de actividad y empleo, el aumento del trabajo registrado y la disminución de los índices de pobreza y desigualdad respecto del periodo anterior.

En relación con la primera etapa, consideran que si bien el aumento en la actividad y el empleo fue posible —en parte— gracias a un contexto internacional favorable, también fue potenciado por estrategias delineadas a nivel nacional: la estabilización del tipo de cambio; la consecución de un superávit fiscal elevado; un relativo control inflacionario y el dinamismo otorgado al consumo a partir de políticas como la implementación masiva del Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJJHD) (Novick y Tomada, 2007; Arakaki y Piqué, 2008).

El crecimiento de la segunda etapa se evidencia para estos autores en indicadores como la variación positiva del PBI, el aumento de la inversión y la creación de nuevas empresas, con un fuerte protagonismo de las ramas de la construcción, la industria y el comercio, tradicionalmente demandantes de trabajo y que por lo tanto generan, como consecuencia inmediata, una recuperación importante de los niveles de empleo y una disminución en las tasas de desocupación. En este sentido, se constata que gran parte del conjunto de empresas que motorizó el crecimiento de la actividad, coincide con el tipo de empresas que habían liderado el crecimiento durante el periodo post tequila en la década anterior y que finalizó con la crisis de 2001 (Lavopa, 2007; Arakaki y Piqué, 2008).

Sin embargo, aunque se dio durante el periodo un importante incremento de trabajadores protegidos, producto de una mayor regulación por parte del Estado a través de la aplicación de políticas específicas (ver Novick y Tomada, 2007), se destacan también ciertas limitaciones. Como mencionan Arakaki y Piqué (2008), si bien la proporción de trabajadores registrados sobre el total de asalariados se incrementó, esto no implica un cambio sustancial, ya que “esta leve mejora no se debe a un aumento del número de puestos de trabajo asalariados registrados concomitantemente con una caída de su contraparte, sino que ambos crecen en términos absolutos, pero los primeros lo hacen a un ritmo mayor”.

La heterogeneidad y segmentación de la clase trabajadora aparece como una constante en los análisis realizados a nivel nacional; en líneas generales, puede decirse que para la mayoría de los autores esta fragmentación que divide a los trabajadores en registrados y no registrados se confirma como la fuente primaria del sostenimiento de la desigualdad, ya que mientras los primeros acceden a mejores salarios y condiciones laborales y presentan en su interior menores brechas de ingreso y mayor capacidad productiva, los segundos se caracterizan por lograr un menor aprovechamiento del crecimiento, ya que continúan presentando una precaria situación desde el punto de vista del ingreso y de las condiciones generales de empleo. Algunos trabajos complejizan este análisis incorporando el concepto de heterogeneidad en términos de ramas de la actividad, identificando aquellas con mayor y menor nivel de remuneraciones, con empleos de más alta y más baja calificación, con más o menos cantidad de puestos precarios, etc.

En lo que concierne a la evolución de los índices de pobreza y desigualdad, se señala una considerable disminución de ambos en relación con el periodo anterior, producto de la ya mencionada mejora en los niveles de empleo y del aumento del nivel salarial de gran parte de la clase trabajadora. Sin embargo, ambas tasas (de pobreza y desigualdad) continúan siendo altas, sobre todo con relación al nivel de empleo que se ha logrado, siendo un factor determinante la elevada proporción de empleo precario, no registrado, que aún persiste en el mercado de trabajo argentino. En este sentido es importante mencionar que entre las ramas que mayor empleo generaron durante esta etapa de recuperación y crecimiento se encuentran la construcción, el comercio y el servicio doméstico, ramas que se caracterizan por presentar un alto índice de precariedad en los puestos de trabajo. Si bien la industria marca la excepción, su peso no ha logrado revertir esta situación.

3.2. El mercado de trabajo en el Gran La Plata

Como ya se ha mencionado, el aglomerado muestra un fuerte sesgo hacia el sector terciario. Por ser La Plata —su ciudad cabecera— capital provincial, la administración estatal concentra una importante proporción de los ocupados, no presentando el mercado de trabajo regional una rama de actividad claramente consolidada como tomadora de empleo más allá del sector público. No obstante, como destacan Suárez, Adriani y Cotignola (2009), durante el período analizado una de las ramas más dinámicas desde el punto de vista de la creación de empleos ha sido el comercio, caracterizándose gran parte de los nuevos puestos de trabajo en este sector por una alta tasa de rotación y precariedad.

Se observa para fines del periodo que las ramas de comercio, servicios y administración aglutinaban aproximadamente un 55% de la población ocupada, mientras que ramas que presentan típicamente menores índices de rotación y mayor estabilidad —como la industria manufacturera o la construcción—, incorporaban apenas un 15% de ésta. El aglomerado se ha caracterizado por la incorporación continua de personas al mercado de trabajo, alentada tanto por las expectativas favorables generadas a partir del contexto de crecimiento económico, como por los bajos niveles de ingreso predominantes en la región, debido al importante porcentaje que representa la inserción en el sector servicios, con empleo precario e inestabilidad laboral.

En lo que hace a la evolución de los principales indicadores laborales, se verifica que al inicio del periodo la tasa de actividad se encontraba en 61,2%, incrementándose progresivamente hasta llegar al 63,1% en 2006. En relación con las tasas de empleo, desocupación y subocupación, éstas muestran una evolución que podría definirse como favorable. En el caso de la primera, sus valores (entre 41,6% y el 43,6%) se mantienen nuevamente por encima de los registrados para el total de aglomerados de la Argentina, relacionándose este fenómeno con el peso de la inserción en el empleo público. En el caso de las últimas, si bien se reducen durante el periodo (pasando la tasa de desocupación del 14,5% al 11% y la de subocupación de 16,1% a 10%) el ritmo de descenso que presentan es más lento que el que se observa en otros aglomerados de la Provincia de Buenos Aires y en el total nacional (Suárez, Adriani y Cotignola, 2009). Por otra parte, según señalan estos autores, a partir de 2005 se observa una amesetamiento del crecimiento económico regional, quedando en evidencia una falta de correspondencia entre la expansión de la PEA y la capacidad de absorción de la demanda de empleo.

En cuanto a las diferentes formas de inserción de hombres y mujeres en el mercado de trabajo, teniendo además en cuenta la condición de pobreza, se constata que:

a) Con relación a la condición de actividad, en la población masculina no pobre el número de ocupados se incrementa significativamente, acompañando este proceso un aumento lento pero progresivo de la tasa de actividad (que alcanza en 2005 un 71,8%) y un descenso de la tasa de desocupación. A partir de 2005, en ambos indicadores se revierte levemente la tendencia, producto del ya mencionado amesetamiento. En el caso de la población masculina pobre la tasa de actividad presenta un comportamiento más errático, disminuyendo significativamente hacia el final del periodo cuando se sitúa alrededor del 65%, mientras que la tasa de desocupación desciende considerablemente en la primera etapa y tiene un leve incremento hacia el final del periodo, pasando del 31,3% en 2003 al 22,3% en 2006. Tanto entre las mujeres pobres como las no pobres la tasa de actividad presenta leves altibajos de manera alternada, observándose en 2006 una tasa de actividad superior a la del inicio del periodo entre las no pobres y una inferior a la de 2003 entre las pobres. En relación con la tasa de desocupación, tanto en uno como en otro grupo los valores se mantienen estables (alrededor del 30% entre las pobres y del 10% entre las no pobres), presentándose en el caso de éstas últimas un descenso mayor hacia 2006, en el que la tasa se ubica 5,4 puntos porcentuales por debajo del valor inicial.

b) En lo que hace a las características de la inserción, tanto en la población masculina como en la femenina aumenta el porcentaje de trabajadores con beneficios sociales durante el periodo, llegando a revertirse sobre el final en el caso de las mujeres la relación planteada inicialmente: en 2006 la proporción de trabajadoras que contaban con todos los beneficios sociales era superior a la de las que no contaban con ninguno de ellos. Sin embargo, tanto para los hombres como para las mujeres esta situación adquiere características muy diferentes al introducir en el análisis la segmentación por condición de pobreza: los porcentajes de hombres y de mujeres pobres que trabajan sin percibir ningún beneficio social son mucho mayores durante todo el periodo, presentándose los valores más altos en 2005, cuando alrededor del 86,7% de los varones y el 85,2% de las mujeres pobres se encontraban trabajando en esta condición

En conclusión, si bien el crecimiento económico ha presentado indicadores positivos en la región, con su correlato en la disminución de las tasas de pobreza e indigencia, los efectos sobre el mercado de trabajo no parecen haber sido tan contundentes. Tal como sostienen Suárez, Adriani y Cotignola, aunque se ha evidenciado durante el periodo una reactivación económica “sus efectos en el mercado de trabajo han sido delimitados por la capacidad para generar puestos de trabajo en correspondencia con el crecimiento de la población en actividad” (2009: 5)

En línea con la situación descrita para el contexto nacional, la heterogeneidad y segmentación del mercado de trabajo, en lo que respecta a las condiciones de inserción, se presenta como una de las características del aglomerado, siendo un factor de peso las condiciones precarias que presenta gran parte de la administración pública provincial y del sector privado (principalmente las pequeñas y medianas empresas de comercio y servicios).

3.3. Las brechas inter e intragéneros¹⁰

Respecto de las diferencias intergéneros en las probabilidades de acceder a empleos de calidad se observa que prácticamente durante todo el período la situación de los hombres es considerablemente más ventajosa que la de las mujeres, aunque se presentan contrastes importantes al considerar en el análisis las segmentaciones por condición de pobreza, edad y nivel educativo. Si bien la tendencia general mencionada —a idéntica situación de ingresos,

¹⁰ Ver nota 9.

edad y educación, mayores probabilidades para los hombres— se conserva en todos los subgrupos, las brechas se amplían más en el caso de los subgrupos pobres, más jóvenes y de menor nivel educativo. Asimismo, al considerar la evolución de las diferencias a lo largo del período, se constata que estas tendencias se presentan de manera más acentuada al comienzo —año 2003—, atenuándose entre 2004 y 2005 y volviendo a crecer en 2006.

A modo de ejemplo podemos tomar el año 2003, momento de mayor amplitud en las diferencias: allí se observa que en el grupo más joven (15 a 20 años), de nivel educativo bajo y no pobre, las mujeres tenían un 72,4% menos de probabilidades que los hombres del mismo perfil de tener un empleo de calidad, mientras que al considerar el mismo subgrupo en la población pobre encontramos que las mujeres tenían un 86,7% menos de probabilidad que los varones. En 2005 —momento en que las brechas se hacen menores en este perfil específico— se observa que las mujeres no pobres tenían un 41,6% menos de probabilidades que los varones, mientras que en el caso de las pobres la brecha ascendía al 54,8%.

Como contrapartida, las menores brechas se presentan en los subgrupos de nivel educativo alto, especialmente en los de edad adulta (30 a 35 años y siguientes), llegando a revertirse la situación de desventaja femenina en el año 2005. En el caso del año 2003, las mujeres no pobres de entre 30 y 35 años con nivel educativo alto tenían un 8% menos de probabilidades que los varones del mismo perfil de tener un empleo de calidad, diferencia que subía al 18,7% en el caso de la población pobre. Hacia el año 2005 se da en este subgrupo la excepción a la tendencia general de mayores probabilidades para los hombres, ya que el grupo de mujeres con un alto nivel de educación —tanto pobres como no pobres— presenta en todos los grupos etáreos una brecha positiva respecto de los varones en idéntica situación.

Al analizar detalladamente la evolución de las brechas porcentuales en el período, se presentan diferencias según nivel educativo. Así, se aprecia que las brechas de las mujeres respecto de los varones de nivel educativo medio —para todos los grupos etáreos y situación de ingresos— muestran una tendencia progresivamente decreciente hasta 2005 y vuelven a aumentar en 2006. La tendencia de los grupos de educación alta es similar pero aún más acentuada dado que, como ya se mencionó, en el año 2005 se revierte temporalmente la situación de desventaja de las mujeres. En cambio, para el caso de los grupos de nivel educativo bajo el comportamiento es diferente: el achicamiento de la brecha en todos los subgrupos se da entre 2003 y 2004, volviendo a aumentar —a excepción del tramo de edad más joven, donde continúa la tendencia decreciente hasta 2005— de manera progresiva a partir de 2005. Cabe destacar para este análisis que, a pesar de que en cada nivel educativo mencionado se dan las mismas tendencias entre población pobre y no pobre, siempre los subgrupos de población pobre presentan brechas entre varones y mujeres mucho más amplias que los de la población no pobre.

Con relación a las diferencias que se plantean al interior de cada grupo de género, se constata que otras variables adquieren relevancia a la hora de definir el acceso a empleos de calidad. La condición de pobreza aparece como una variable que establece contrastes importantes. Si bien es preciso tener en cuenta que la condición de pobreza puede explicarse circularmente¹¹ se observa que a lo largo de toda la serie las mujeres y hombres en situación de pobreza presentan, en promedio, menores probabilidades de acceder a empleos de calidad respecto de mujeres y hombres no pobres en los mismos tramos de edad y situación educacional.

¹¹ La explicación circular de la pobreza en relación con la situación en el mercado laboral se basa en que pertenecer a un hogar pobre disminuye las posibilidades de acceder a un buen empleo, pero carecer de un buen empleo a su vez explica la situación de pobreza por ingresos.

En el caso de las mujeres, para todos los grupos de edad y niveles educativos considerados las probabilidades de las no pobres son superiores por más del doble —como mínimo— a las de las pobres, llegando en algunos perfiles particulares a alcanzar probabilidades más de diez veces superiores —especialmente en el tramo de edad más joven y entre las de menor nivel educativo—. Por ejemplo, puede apreciarse que en el año 2003, mientras que en promedio las mujeres pobres de entre 15 y 20 años con nivel educativo bajo tenían un 0,4% de probabilidades de tener un empleo de calidad, las mujeres no pobres con dicho perfil tenían una probabilidad considerablemente mayor: 6,3%. Asimismo, mientras las mujeres pobres de entre 30 y 35 años de nivel educativo bajo tenían una probabilidad de 6,8%, las no pobres con iguales características tenían 34,5% de probabilidades de acceder a este tipo de empleos.

En el caso de los hombres se constata la misma tendencia general, aunque las distancias entre pobres y no pobres en cada perfil son un poco más atenuadas que en el caso de las mujeres. Para continuar con el ejemplo anterior del año 2003, puede verse que en el caso de los hombres pobres de entre 15 y 20 años con nivel educativo bajo, las probabilidades de tener un empleo de calidad eran en promedio de 3,3%, mientras que entre los no pobres del mismo perfil éstas ascendían a 22,6%. Los hombres pobres del tramo de edad de 30 a 35 años con nivel educativo bajo tenían en promedio 24% de probabilidades de acceder a este tipo de empleos, mientras que para los no pobres del mismo subgrupo la probabilidad era del 64,9%.

El nivel educativo alcanzado también se presenta como una variable relevante que marca diferencias intragéneros. Tanto en el caso de los hombres como de las mujeres, a mayor nivel educativo son mayores las probabilidades de acceso a empleos de calidad.

Si bien el peso de la educación se observa en ambos sexos y para todos los subgrupos, en el caso de las mujeres —tanto pobres como no pobres— las distancias entre las probabilidades de aquellas con nivel educativo bajo y las de aquellas que alcanzaron un nivel educativo alto son mucho más amplias que en el caso de los varones. Una vez más, para ejemplificar, podemos ver que en el año 2006, en promedio, las mujeres no pobres ubicadas en el tramo de edad de entre 15 y 20 años con nivel educativo bajo tenían tan sólo un 23% de probabilidades de tener un empleo de calidad, mientras que aquellas en situación similar, pero con nivel educativo medio, tenían 33,5%, y entre las de nivel educativo alto las probabilidades ascendían a un 51,9%. Para el mismo perfil de hombres en el mismo año, en cambio, las probabilidades de aquellos con nivel educativo bajo eran de 49,7%, las de los de nivel educativo medio eran de 50% y las de aquellos con nivel educativo alto eran de 58,4%.

Por último, cabe considerar la edad como otra de las variables que inciden en el acceso diferencial a empleos de calidad en los dos grupos de género. Tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres, el mayor salto en las probabilidades se aprecia entre el grupo de 15 a 20 años y el de 30 a 35 años, situación también esperada debido a los conocidos problemas de precariedad que enfrentan los jóvenes cuando se insertan en el mercado laboral. Si bien esta situación de desventaja del grupo de edad más joven se presenta en todos los perfiles, adquiere mayor intensidad en los grupos de mujeres y de hombres pobres, al tiempo que se mantiene como tendencia a lo largo de todo el período. A modo de ejemplo, puede observarse que en el año 2004, en promedio, las mujeres pobres de educación baja de entre 15 y 20 años tenían apenas 5,3% de probabilidades y las de entre 30 y 35 tenían 20,3%, mientras que las de entre 45 y 50 tenían 30,8% y las de mayor edad (60 a 65 años) tenían una probabilidad del 26,4%. Si bien las probabilidades de tener empleos de calidad vuelven a caer para los grupos de edad avanzada, no se llega a los niveles tan bajos que caracterizan las posibilidades de inserción de los jóvenes.

4. Resultados comparativos y conclusiones

Tal como se ha señalado en la Introducción, con el objetivo de complementar los resultados que hemos presentado hasta el momento, centrados en el período 1992-2002, por un lado, y 2003-2006¹², por el otro, presentamos a continuación un análisis comparativo de ambos, incluyendo a su vez algunas consideraciones con respecto a procesos más amplios que se dieron a nivel nacional.

En términos generales, la comparación se centra en dos periodos diferenciados desde el punto de vista macroeconómico: mientras la década de 1990 representa la vigencia de un modelo neoliberal, con sus típicas características de apertura externa, privatizaciones y desregulaciones estatales, la del 2000 (a partir de 2003) muestra —aun con sus particularidades— intentos de reeditar un modelo de desarrollo basado en la industrialización, con creciente importancia del rol del Estado en la regulación de la actividad económica. En este sentido, es esperable que las políticas implementadas en el marco de cada modelo afectaran al mercado laboral de diferentes modos, con la presencia de algunas tendencias o patrones generales comunes en el conjunto de aglomerados, así como también particularidades o especificidades ligadas a sus estructuras socio-productivas.

Si bien el periodo iniciado en la década de 1990 no muestra un patrón de desarrollo económico lineal, sino que se caracteriza por fases diferenciadas (Beccaria, 2005), el análisis de tendencia pone en evidencia que, a pesar de que en el Aglomerado GLP se crearon nuevos empleos, y a un ritmo mayor al del crecimiento poblacional, esto no alcanzó para compensar la creciente presión sobre el mercado de trabajo, debida a una inusitada expansión de la PEA. El resultado de este proceso, al igual que en el resto del país, fue un aumento progresivo de la desocupación. La expansión de la PEA, en tanto, estuvo relacionada con la incorporación de sectores tradicionalmente inactivos al mercado laboral, en especial las amas de casa, pero también con el “reingreso” de jubilados y pensionados (Eguía y Piovani, 2007a). En la medida que la creación de empleos se dio particularmente en ramas de actividad típicamente feminizadas, al tiempo que se producía una pérdida neta de empleos en el sector industrial (con poca presencia de fuerza de trabajo femenina), se observa en el periodo que las brechas intergéneros en el acceso a empleos de calidad se vieron atenuadas, e incluso en algunos momentos revertidas (con la excepción del subgrupo de mujeres con bajos niveles educativos, entre quienes las brechas siempre fueron pronunciadas, a pesar de haber tenido vaivenes). Esta situación condujo a muchos analistas, tal vez apresuradamente, a vislumbrar crecientes niveles de igualdad laboral, que en realidad escondían el hecho de que, en el marco de un mercado laboral en deterioro para todos (en especial en cuanto a los niveles de estabilidad y percepción de beneficios sociales), las mujeres lograron apropiarse de un conjunto relativamente mayor de los nuevos empleos, a la vez que las que ya estaban ocupadas en empleos de calidad perdieron sus puestos de trabajo en menor proporción. Esto se debe a que las tasas más altas de feminización se encontraban en ramas de actividad que fueron relativamente menos afectadas por las reformas en la ciudad de La Plata, en particular

¹² Cabe aclarar que el segundo de los periodos analizados representa sólo parcialmente —desde el punto de vista temporal— la vigencia de un modelo macroeconómico y de desarrollo que ha continuado hasta la actualidad y que, en condiciones ideales, hubiese sido más adecuado contemplar en toda su extensión para poder determinar sus efectos en el mercado laboral. Lamentablemente esto no ha sido posible por razones vinculadas con los procesos de recolección de datos realizados por el INDEC, organismo responsable de las EPH (fuente de datos secundarios de ésta y la mayoría de las investigaciones de carácter estructural que se llevan a cabo en Argentina sobre el mercado de trabajo urbano). En el caso del Aglomerado GLP hubo momentos posteriores a 2006 en los que no se realizaron relevamientos, mientras que cuando se hicieron, los resultados han sido frecuentemente cuestionados desde el ámbito académico por posibles sesgos y manipulaciones.

servicios educativos y sanitarios (tanto del ámbito estatal como privado) que tienen un fuerte peso en la ciudad. Mientras que ramas con ínfima tasa de feminización, como la industria, fueron algunas de las más afectadas por las políticas económicas de la década. En efecto, la participación relativa de la industria en el empleo del GLP cayó de cerca del 17% a menos del 10% al final del periodo, con una destrucción neta de aproximadamente 35 mil puestos de trabajo (Eguía y Piovani, 2007a).

En el periodo 2003-2006 el peso relativo de los empleos de calidad en el Aglomerado GLP se situó en torno del 55%, por encima de la media nacional y recuperándose con respecto al deterioro sufrido durante la crisis de 2001 (sin alcanzar los valores máximos de la década del '90, cercanos al 70% antes de la crisis del tequila), aunque con una tendencia a la baja comparando 2006 con 2003, y con niveles de recuperación menores a los del promedio de aglomerados urbanos argentinos, en los que pasaron del 37,2% al 46,4%. A pesar de la tendencia descendente en términos relativos, el crecimiento general del empleo implicó que para 2006 había en el GLP cerca de 9 mil puestos de trabajo de calidad más que en 2003.

Sin embargo, autores ya citados (por ejemplo Suárez, Adriani y Cotignola, 2009) sostienen que los efectos de las políticas económicas implementadas en estos años no tuvieron un impacto favorable contundente en el mercado de trabajo. Y en lo que respecta específicamente a las brechas de género en el acceso a empleos de calidad, y pesar de la recuperación en términos absolutos y relativos de estos últimos, se observa una acentuación de las brechas con respecto al periodo anterior. Este fenómeno se da en un contexto en el que la demanda de empleo crece particularmente en el sector comercial; pero evidenciando también tendencias positivas en el campo de la construcción así como cierto nivel de recuperación industrial. En este sentido, cabe inferir hipotéticamente una mejor inserción laboral de los varones, especialmente con niveles educativos medios y medio-bajos (construcción) y medios y medio/altos (industria), con respecto a las mujeres con idénticos perfiles que, en el GLP, se insertan de manera habitual en las ramas de servicios personales y comercio respectivamente.

Este análisis plantea una paradoja: en una fase económica con efectos recesivos en el mercado de trabajo, con marcado deterioro de las condiciones laborales y con pérdida de empleos en las ramas con puestos tradicionalmente más estables, se dio un achicamiento de las brechas de género; mientras que en una fase expansiva, con efectos parcialmente favorables en el mercado de trabajo y con la recuperación de empleos de calidad, se observa un estiramiento de las brechas de género. Esto muestra que, durante la crisis, las mujeres asumieron gran parte de los costos de un mercado laboral en constricción y deterioro, especialmente aquellas que debieron volcarse al trabajo extradoméstico para compensar la pérdida de empleo de sus cónyuges o el deterioro de sus ingresos. En cambio, cuando el mercado de trabajo entró en una fase de recuperación, tanto cuantitativa como cualitativamente, los mayores beneficios derivados fueron mayormente apropiados por los varones. En este sentido, en la medida en que la inserción de hombres y mujeres en el mercado laboral se da típicamente en ramas de actividad diferenciales, ofreciendo en general las menos feminizadas las mejores condiciones de trabajo, se verifica la persistencia de un tipo de desigualdad relacionada con las conceptualizaciones y expectativas tradicionales respecto de los roles de género en el ámbito del trabajo extradoméstico; desigualdad que se agrava aún más por recaer generalmente en las mujeres todo (o la mayor parte) del trabajo doméstico.

Las brechas intragéneros, por su parte, dan cuenta de la heterogeneidad interna de ambos grupos, mostrando que los modos y potencialidades de realización laboral extradoméstica también dependen de factores estructurales como la edad, el nivel educativo y la calificación.

En este sentido, se constata que los cambios de modelo económico afectaron menos a las mujeres de edades intermedias con altos niveles educativos. En tanto, en el contexto de precarización ligado a los procesos de desindustrialización, característicos de la década de 1990, se vieron especialmente afectados los hombres con niveles educativos medios y bajos; siendo en cambio más afectadas las mujeres en estas mismas condiciones en el contexto posterior, en el que paralelamente crecieron el comercio (como espacio privilegiado de demanda de fuerza de trabajo femenina) y la industria y la construcción (como demandantes tradicionales de trabajo masculino). Una constante a lo largo de los dos periodos analizados, además de la ya señalada situación relativa más favorable de las mujeres (y los hombres) con altos niveles de calificación, es que independientemente de los vaivenes y coyunturas macroeconómicas, las mujeres más jóvenes, más pobres y con menores niveles educativos han resultado sistemáticamente la más discriminadas en el mercado de trabajo, tanto con respecto a los hombres con esos mismos perfiles sociales como con respecto a los mujeres de otros perfiles educativos y tramos etáreos.

6. Bibliografía

- Arakaki, A. y P. Piqué (2008): "La disparidad Salarial. Una aproximación al estudio de la distribución del ingreso en la Argentina en el período 2003-2007". En: IV Coloquio Internacional: América Latina: escenarios del nuevo siglo. Nuevos desafíos y horizontes de transformación
- Beccaria, L. (2005): "El mercado laboral argentino luego de las reformas". En L. Beccaria y R. Maurizio (editores) *Mercado de trabajo y equidad en Argentina*. Editorial Prometeo Libros y Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Beccaria, L. y F. Groisman (2005): "Las familias ante los cambios en el mercado de trabajo (1991-2002) En L. Beccaria y R. Maurizio (editores) *Mercado de trabajo y equidad en Argentina*. Editorial Prometeo Libros y Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- CEPAL (2009): Panorama Social, Chile.
- Cortés, R. (2003): "Mercado de trabajo y género. El caso argentino, 1994-2002". En Valenzuela, M (ed.) *Mujeres, pobreza y mercado de trabajo*, OIT, Santiago de Chile.
- Eguía, A., J. I. Piovani, C. Loustau, F. Chironi y G. Rusiñol (2001): "Evolución de la situación laboral del Gran La Plata en la última década". En: *5º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, ASET, Buenos Aires.
- Eguía, A. y J. I. Piovani (2007a): "El mercado de trabajo en el Gran La Plata en los años '90", *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 3: 93-110
- Eguía, A., J. I. Piovani y A. Salvia (comps.) (2007): "Introducción". En *Género y trabajo: estudio de las asimetrías intergéneros e intragéneros en áreas metropolitanas de la Argentina (1992-2002)*. Buenos Aires: Eduntref
- Eguía, A. y J. I. Piovani (2007b): "Desigualdades entre géneros e intragéneros en el mercado laboral del Gran La Plata (1992-2002)". En Eguía, A., J. I. Piovani y A. Salvia (comp.) *Género y trabajo: estudio de las asimetrías intergéneros e intragéneros en áreas metropolitanas de la Argentina (1992-2002)*. Buenos Aires: Eduntref.
- Eguía, A., J. I. Piovani, M. L. Peiró y J. Santa María (2007): "Calidad del empleo y género en el aglomerado Gran La Plata (Argentina)". Ponencia presentada en el XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), realizado en Guadalajara, México, del 13 al 18 de agosto de 2007.
- Garrido, B. y M. Olivera (2001): "Construcción de las identidades genéricas y sexuales. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales (con especial referencia

a la historia)". Ponencia presentada en las *VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos*, Salta.

- Lavopa, A. (2007): "La Argentina postdevaluación ¿Un nuevo modelo económico? *Revista Realidad Económica*, N° 231, IADE, Buenos Aires, octubre-noviembre.

- Novick, M. y C. Tomada (2007): Argentina 2003-2006. Crecimiento económico con empleo decente. En: *Tras la crisis: El nuevo rumbo de la política económica y laboral en Argentina y su impacto*. OIT.

- Rofman, A. (1997): *Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90*. Colección CEA-CBA, Buenos Aires.

- Suárez, M. J., L. Adriani y M. Cotignola (2009): "El mercado de trabajo en el Gran La Plata en el actual período de crecimiento económico. Principales tendencias en el empleo y la distribución del ingreso. Ponencia presentada en el Encuentro Pre-Alas, Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes.

- Zoloa, J.I. (2009): "Probabilidad de acceso a empleos de calidad 1992-2002 y 2003-2006. Un análisis con corrección por sesgo de autoselección", La Plata: CEDLAS-UNLP.